

• FRANCESCA TASSINI •

SNOW BLACK

SIN CORAZÓN



edebé

SNOW BLACK II

Texto de Francesca Tassini
Idea original de Mario Pasqualotto
Ilustraciones de Federica Bordoni
Diseño de la cubierta: *The World of Dot*
Edición original publicada por Marietti Junior (© 2021 BP srl - Via Leopardi,8
20123 Milano)
Título original: *Snow Black. Senza Cuore*
Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., Corso Magenta 60/62
20123 Milano - Italia
foreignrights@atlantyca.it - www.atlantyca.com

© Traducción del italiano al español: Marinella Terzi
© Ed. Cast.: Edebé, 2022
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Primera edición, marzo 2022

ISBN: 978-84-683-5640-2
Depósito legal: B. 17964-2021
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Francesca Tassini

SNOW BLACK
SIN CORAZÓN

edebé

PRÓLOGO

No recordaba ya qué significaba tener un corazón.

Desde el día en que un científico me inyectó una dosis de Xpans como para hacer trizas a un hipopótamo, no tenía uno real y mío, con aurícula derecha e izquierda, ventrículos y válvulas. Sin embargo, ahora sentía que latía, y el latido me llegaba a los oídos, como un tambor. Y no era solo eso; percibía un picor insistente en la nuca y en el pelo. El sudor frío, pese al aire helado de finales de enero, se me metía por el cuello gota a gota. Odiaba esa sensación de humedad en la piel, pero en cualquier caso era mejor que no sentir nada de nada. Lo más gracioso es que no tenía ni idea de cómo era posible aquello, ni me importaba saberlo: me interesaba solo disfrutar el momento.

Frente a mí estaba Ella, los músculos de las piernas tensos al máximo, su acostumbrada coleta alta de pelo oscuro y una venda elástica alrededor de la rodilla. Parecía menos nerviosa que la que suscribe, y tendría que haberlo estado, ya que había pasado más de un año desde la última vez que compitió. Hinchó las mejillas y lanzó fuera todo el aire que tenía en el cuerpo. Una nubecilla de condensación se materializó a su soplo.

Kennedy acababa de aparecer en mi campo visual. Tras soltar la mochila, se sentó en la primera fila, sin quitar los ojos del teléfono. Observé los rasgos de su cara, los labios bien definidos, los dedos largos que se movían rápidos sobre el teclado, y sentí una punzada de dolor al pensar que nuestra historia se había ido al traste. Kennedy, cuyo involuntario humor macabro había empeorado en los últimos tiempos, habría dicho que «estaba en un punto muerto», y después se habría disculpado: «¡Es más fuerte que yo, Snow!».

—Ella, Denise, Alice: vosotras empezáis. Tras pasarle el testigo a vuestro relevo os paráis. ¿Me habéis oído bien? —gritó la entrenadora Archer pulsando su cronómetro analógico.

Ella y yo estábamos en el mismo equipo. Nos intercambiamos un último signo de entendimiento. Luego, cada una de las corredoras ocupó su lugar, en las calles dibujadas con tiza.

—Preparadas, listas, ya...

Sobre el patio se levantó un ruido de suelas que golpeaban el asfalto. Alice enseguida sacó una buena ventaja.

—¡Ánimo, Ella!

El grito llegó de las gradas de los espectadores. Kennedy se había levantado para animar a su hermana; su madre, Lauren, acababa de unirse a él y chillaba tres veces más fuerte.

Al final de la primera vuelta, daba la impresión de que sería Alice la primera que pasaría el testigo a su compañera, Betsy. Pero en los últimos metros, Ella hizo un esfuerzo descomunal; se lanzó adelante con el empuje de un pequeño bisonte y la superó. Estaba a un paso de mí.

No sé qué me pasó —unos celos imposibles de reprimir, imagino—, pero cuando aferré el testigo, lo hice con más fuerza de la necesaria, mucha más. Tomada de improviso, Ella se cayó hacia delante. La vi aterrizar y contorsionarse con una mueca de dolor. Luego se sentó, agarrándose la rodilla con ambas manos y apretando la zona golpeada. Mientras pasaba la mirada por los espectadores, fue como si el tiempo se ralentizara. Kennedy se puso en pie de un salto, Lauren dibujó un gesto con la boca al estilo de *El grito* de Munch, algunas chicas de segundo se susurraron comentarios al oído.

—¡Lo has hecho a propósito! —gritó Ella entre lágrimas.

Archer echó atrás el silbato que llevaba al cuello y vino derecha hacia mí.

—Katerina Bogus, ¿te has vuelto loca?

Fue en ese preciso instante cuando, igual que había entrado, salí del cuerpo de Katerina. La sensación de la madera áspera del testigo en las yemas de los dedos desapareció, junto al perfume del champú al limón de Ella, y en un instante y sin preaviso sentí que me absorbía la madriguera, ese rincón oscuro de la web que desde hacía unos meses era mi morada fija.

Aquellas esporádicas incursiones en las vidas y en los cuerpos de otros eran una especie de nuevo superpoder, o un *upgrade* si preferís, que no estaba en posición de controlar y que tenía una duración limitada. Una experiencia intensa pero breve, en resumen: había decidido llamarlas *excursiones*.

—No lo he hecho a propósito. —Oí la voz de Katerina como un eco lejano.

Ya había aparecido un asistente con el hielo. La entrenadora estaba inclinada sobre Ella.

—¿Estás segura?

—Lo juro, señora Archer, ¡por mi padre!

Me daba cuenta de que estaba a un paso de sufrir una sobrecarga, pero desde la madriguera conseguí

ver a las chicas de segundo intercambiando miradas escépticas.

—De acuerdo —dijo la entrenadora—. Te creo.

La única que habría podido testificar más allá de cualquier duda razonable que Katerina mentía era yo. Pero ¿quién habría hecho caso de un fantasma? Porque es así como te sientes cuando te encuentras atrapada en un mundo virtual y tienes la certeza casi absoluta de que te han asesinado. No importa que tu cuerpo no haya sido encontrado ni que, en lo más hondo, estés todavía desesperadamente aferrada a la ilusión de que, en algún lugar, tu corazón continúa latiendo.